

María Zambrano

De la Aurora

Introducción de Victoria Clemente Legaz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo Jesús Moreno Sanz en el Tomo 1 del Vol. IV – Libros (1977-1990) de las OO.CC. de María Zambrano, 2018.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Fundación María Zambrano, 2018
© de la introducción: Victoria Clemente Legaz, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-436-5
Depósito legal: M. 16.684-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción: María Zambrano, *La Aurora*,
por Victoria Clemente Legaz

De la Aurora

23 Primera parte

- 25 I. Antes de comenzar
33 II. Algunos imposibles Prolegómenos: Ayes
40 III. El rumor
45 IV. La aparición del confín
49 V. Guía aurora

59 Segunda parte

- 61 I. La mirada
63 II. Desde el ocaso
64 III. De la noche
66 IV. Cuando el día comienza como una llama
68 V. El alba cuajada, derramada
70 VI. Lo celeste
73 VII. Antes de la ocultación
79 VIII. La raya de la aurora
82 IX. El límite impenetrable
84 X. La balanza de la aurora
85 XI. El vacío. Las sombras
88 XII. La germinación silenciosa de la aurora

90	XIII.	La palabra perdida
93	XIV.	El rocío
97	Tercera parte	
99	I.	Una progresión: Fuego – Palabra – Llama
103	II.	La palabra y los dioses: la germinación de la aurora
108	III.	La palabra indecible. La palabra que se pierde
110	IV.	De los números y los elementos
115	V.	La mirada y el decir
118	VI.	El balbuceo
121	VII.	El lenguaje y la palabra
125	VIII.	La raya de la escritura
130	IX.	Lenguajes no humanos
136	X.	La aurora de la palabra (<i>Tres fragmentos</i>)
143	XI.	La llama
155	Cuarta parte. Finalmente, la aurora	
157	I.	La geografía de la aurora
165	II.	El gallo de la aurora
168	III.	El reino del sol
172	IV.	La ocultación: el nombrar
175	V.	El reino de la aurora
179	VI.	Los seres de la aurora
185	VII.	La pura encendida aurora

Introducción

María Zambrano, *La Aurora*

Igual que Plotino *trataba de conducir lo divino que había en él a lo divino que hay en el Universo*, María Zambrano lo hace convirtiéndose en aurora que guía con su palabra, tal vez, en la persona a la que quisiéramos consultar en las conversaciones cruciales de la vida. Porque llegar a ella es comprender que vivir es sentirlo todo, desde el silencio de la profundidad del océano, hasta el danzar en el cielo junto a Eos, la diosa que anuncia la llegada del sol. Leerla es una invitación continua a atravesar la superficie de la razón para llegar a la pureza de una filosofía basada en las raíces de la vida. Luminosa e intelectual, filósofa, poeta y escritora, María Zambrano (1904-1991), supo ser fiel a la irremediable vocación que atesoraba en el orden del corazón: «Tampoco he podido renunciar a una especie de sentir radical, de que aquello que he hecho ha nacido dentro de mí». Y dando un paso más allá de lo filosófico y escribiendo como sentía, desde la experiencia,

se convirtió en una pensadora de razón apasionada siendo referente en una época en la que la mayoría de los intelectuales eran hombres. Una singularidad que la define como lo es también el tono que adquiere su escritura, que de una forma personal y poética, y siendo favorecedora de aquello que no se ha dicho, desde la metáfora, va pasando por el corazón la experiencia para hacer de ella un verbo capaz de atravesarnos la piel. En este tiempo, aproximarnos con lentitud y atención a la pensadora quizá sea uno de los mejores homenajes que podamos rendir a la filosofía, a la poesía, a la política y a la religión. En definitiva, a la cultura o a aquellos saberes hambrientos de los principios que orientan el sentido del obrar humano.

Perteneciente a grupos intelectuales desde su formación universitaria, profesora y partícipe de grandes proyectos literarios, M. Zambrano encauza su inquietud política al ámbito de la observación y del pensamiento. Una mirada que le llevaría a vivir, más tarde, un exilio durante más de cuarenta años (1939-1984), haciendo de la condición de exiliada su vida. La filósofa sufrió un destierro que se convertiría en «patria» y «resplendor», marcando de por vida su tiempo y reforzando con ello el deseo de rescatar el pasado de la desfiguración. En general, su obra completa es una profunda reflexión sobre la *persona* y el sentido de la existencia. Centrada en la cuestión moral, nos aproxima a ampliar la mirada hacia lo experiencial como destino, a la importancia de la fidelidad al «sentir originario» y también, a la necesidad de aceptar la «certeza del alba», o lo que es para la filósofa «la representación más adecuada que al hombre se le da de

su propia vida». Ya que el ser, para Zambrano, «siempre alborea», debiendo ser capaz de devolver a la historia y a la *persona* su dimensión auroral.

Su fuente de conocimiento proviene esencialmente de Platón, Aristóteles, Séneca, Plotino, Agustín, Juan de la Cruz, Cervantes, Spinoza, Kierkegaard, Nietzsche, Husserl, Unamuno o Machado. También de su cercanía a García Morente, Xavier Zubiri y a Ortega y Gasset, –a quien reconoce como maestro hasta el final de sus días a pesar de haberse sentido distanciada de su medida política–. Y tal vez, como consecuencia de una intensa trayectoria literaria y de la indómita necesidad por entender la vida, puede que emerja en ella la importancia de acoger a cuanto permanece vivo en la ocultación. Pues sin negar a aquello que existe, va haciendo del pensamiento algo inclusivo y libre. Lo encontramos en su modo de escribir que, desde otro lugar y con estilo propio y atemporal, materializa coherencia mientras se desliza hasta la «entraña de la vida» que ha sido negada por la razón. O dicho de otro modo, al lugar donde se esconde la verdad para la filósofa andaluza¹ que entiende que: «llegar a ser lo que se es no es ningún juego de palabras, sino la esencia misma de la vida humana»².

María Zambrano logró encontrar la adecuada fórmula de expresión desde una palabra mediadora. Y en reconocimiento a una obra única que no solo no abandona la

1. María Zambrano nace en Vélez-Málaga en 1904, municipio de la provincia de Málaga, en Andalucía.

2. M. Zambrano, *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, Vaso Roto, 2017, cit., pág.41.

tradición filosófica, sino que guía, además, al conocimiento mediante la pregunta, recibió los dos máximos galardones literarios de España. El Premio Príncipe de Asturias, en 1981, y el Premio Cervantes, en 1988, siendo la primera mujer en recibir este último.

De la Aurora

Dentro de la colección dedicada a la filósofa, Alianza Editorial presenta una nueva edición de *De la Aurora*, «el libro de la vida», como así lo define Zambrano. Lo conforman textos nacientes de un irrenunciable destino, fruto de una composición de ensayos, notas y esquemas que atraviesan al tiempo ocupando lugares esenciales en la biografía y bibliografía de la autora. En conjunto, el libro está estructurado desde una armónica selección de reflexiones culturales, filosóficas, espirituales y políticas pertenecientes a una época madura y reflexiva de su vida, escritas –principalmente– entre 1960 y 1983. Aunque, para entender la génesis de *De la Aurora*, antes hemos de remontarnos a la labor de algunos nombres que hicieron posible el acercamiento de la obra literaria de la pensadora exiliada. Señalamos la del poeta y filósofo Jesús Moreno Sanz, quien se dedica al estudio y difusión de la obra de la pensadora, ofreciendo todo el cuidado a la que sería la primera edición de *De la Aurora*, y finalizando su versión definitiva en 1985. También es labor fundamental la del pedagogo y ensayista Rogelio Blanco, quien en la década de los ochenta se responsabiliza, con empeño e intensidad, y por recomendación de los ami-

gos de la filósofa, de la edición de sus textos inéditos y de la reedición de los títulos agotados.

La primera edición del libro incluye –principalmente– los textos creados por la filósofa entre 1974 y 1983, y estando al cuidado de José Miguel Ullán y Jesús Moreno, fue editada en Turner, en 1986, contando con dos reimpressiones posteriores en 1998 y 1999. Años más tarde, en 2004, tras considerar la necesidad de incluir nuevos textos y respetando la estructura y contenidos de la anterior, J. Moreno y Rogelio Blanco se encargarían de una segunda edición en la editorial Tabla Rasa. Y más reciente, en 2018, una tercera edición de *De la Aurora* se recogería en el tomo I del Libro IV de las Obras Completas que Galaxia Gutenberg edita, también al cuidado de J. Moreno Sanz.

De la Aurora nos invita a entrar en la interioridad de la vida de una forma metafórica. Su lectura nos hace atravesar la corteza del pensamiento filosófico clásico con el fin de descubrir, tras lo aparente, aquella esencia que atesora uno de los escritos más auténticos, maduros, simbólicos y silenciosos de la escritora. La mayoría de los ensayos nacen de la *razón poética*³, del concepto que da sentido a su mirada del mundo. Y casi todos están creados en estrecha relación con la naturaleza, en diversos momentos en los que la filósofa supo sentir, desde un re-

3. Es un aporte teórico y esencial de María Zambrano, como un método de conocimiento que dista de la razón discursiva dominante en el discurso filosófico de Occidente. La *razón poética* constituye un nuevo método cognoscitivo que desea lograr un saber unificado que abrace distintos saberes y que aprenda, bajo el signo de una razón nueva y creadora, tanto las dimensiones racionales como las irracionales de la existencia.

poso solitario y tardío, aquello experimentado años atrás. «La vida necesita la palabra, que la aclare», «darse in extenso», «un sostenido palabrear», señala Zambrano. Y así lo hace en *De la Aurora* mientras «da vida al verbo», en *La Pièce*, en el Jura francés, cerca de la frontera con Suiza, que es donde principalmente está escrita una de las obras más profundas del pensamiento español del siglo XX.

El libro nace de la más pura contemplación y está dividido en cuatro partes a las que se le añadieron apéndices con esquemas que aproximan al entendimiento. Su lenguaje es filosóficamente distinto al de la época mostrándose incluso con los sentidos. En general, podemos entender *De la Aurora* como resultado de una crítica experimentada a una cultura occidental racionalista que va agotando su ciclo mientras continúa empeñada en cortar la llamada de los sentires, «obstinada en no ver lo que abiertamente se muestra»; pues como señala Zambrano: «¿acaso no es condición primaria del ser humano la sensorialidad?». Los textos que componen la obra atienden a reflexiones completas en las que podemos encontrarnos con meditaciones recogidas en sus primeros textos. Observaciones profundas y vitales que apenas necesitan de un marcado argumento para atravesarnos por completo mientras muestran lo importante para la filósofa.

A veces, la Aurora de este ser, aquel al que el corazón no renuncia, y ante el cual la razón misma llega a rendir sus armas, aparece por un instante en un apenas charco de agua, en el reflejo de una rama apenas nacida, en el vaivén de un viento que no mueve nada [...] Y así, el amor, «ay amor», queda impregnándolo todo, envolviéndolo todo.

Durante su lectura, con firmeza, nos conduce a entender la vida en su proceso más cambiante. Y con narración poética y sin pretender llevarnos a lugares precisos, nos abre a cuestionar el abandono de las posibilidades que el ser humano lleva en sí, insistiendo en la necesidad de una cultura racional más creadora que dé cauce a las capas profundas de la vida, a una que mire y conozca el pasado para no avanzar a ciegas, como señaló san Agustín.

«La Aurora es, no el comienzo, sino el centro del día en medio de la noche [...]. La vida misma, pues.» Mientras narra el proceso interior que se va dando en la senda o en el «linda» que es *La Aurora*, la filósofa, a través de un recorrido experimentado por ella desde su *exilio*, nos invita a llegar a la necesidad de una «conciencia auroral». Parte de la reflexión en la que manifiesta la esencia de su pensamiento a la vez que va mostrando la posibilidad de un renacer constante. Una mirada que se convierte en modelo de una razón que, con intensidad, se va haciendo poesía sin dejar de ser entendimiento. Y mientras nos guía hacia la apertura del intelecto que se ha cerrado a vivir su plenitud por abandonar los sentidos, señala la abusiva conciencia occidental y la paralización que ello provoca en el acto de sentir. Una observación que nos conduce a su concepción de *La Aurora* y a la necesidad de mirar: «La Aurora exige al hombre acerca de su propio ser» y sólo podrá darse, según la pensadora, en la danza interior que *La Aurora* ofrece. Una danza que se convierte en el signo de la victoria de la vida porque «todo es amor que obedece».

Zambrano, mostrándose crítica con cuanto entorpece o niega a las pasiones, y señalando el grave error que supone la alteración que ha sufrido la *physis*, entra en deliberaciones vitales a las que no solemos dar lugar por complejas o escondidas. Pero atreviéndose a ello, sigue poetizando compasivamente al pensamiento convencida de entender que el hombre es un ser *in fieri*⁴ y «peregrino de su vivir». Un ser que ha de crearse en vida a la vez que trasciende su existencia. «Hay que proseguir en el empeño, como todo nacimiento que sale de lo oscuro», señala mientras considera vital «entrar en la oscuridad del aparente vacío» para ofrecer respuestas que sirvan a todas las épocas.

En *De la Aurora*, Zambrano nos aproxima a los principios fundamentales que dieron sentido fiel a su vida y que no cesan de rebosar utilidad para el presente: la trascendencia de la propia vida, el hecho de ser *persona*⁵, la verdad conviviente en la simbiosis entre el pensar y el sentir, así como la de su elección experimental de estar en la literatura, la filosofía y en la política. Desde su esencia, podríamos entender esta obra como la deidad que personifica el amanecer constante que nos es necesario. Un texto fundamental para el presente que articula su pensamiento desde lo poético, y que convirtiéndose en guía, nos avisa de la necesidad de luz para un individuo

4. El ser en el que habita la permanente búsqueda de encontrar aquello que le falta para ser.

5. «La persona es algo más que el individuo: es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo y que se entiende a sí mismo como valor supremo, como última finalidad terrestre; y en ese sentido era así desde el principio; más como futuro a descubrir, no como realidad presente, en forma explícita». M. Zambrano, *Persona y democracia*, Alianza Editorial, 2019, cit., p. 143.

y una sociedad que se pierden ante el desconocimiento de estar siempre en «víspera de nacimiento».

«Cuando a veces tengo que releer algún capítulo, algún escrito, aparece la aurora al final y es que, es verdad, al final en todo lo que he escrito y en todo lo que he vivido, aparece la aurora»⁶. Se trata de un despertar en el que mucho también tienen que ver «los seres de la aurora» que cita al final del libro, resaltando la huella de Ortega y Gasset como el «imperativo de la autenticidad», y la de Nietzsche, en el hecho de «cómo se llega a ser lo que se es». Asimismo, en la obra, quedan recogidas la mayoría de las pasiones que gobernaron la vida de la escritora. Y mientras se muestran calmas y erguidas, al final, nos sitúa donde había deseado llegar desde un comienzo: en la necesidad de la «unificación de los sentires». Se trata de una verdad despojada del lenguaje y de un constante nacimiento que nos hace descubrir en Zambrano la búsqueda de amor. Una indagación desde la que, con misericordia, proyecta hacia un renovado proceso de humanización deseando llenar de amor aquel vacío que ha creado la filosofía. «El primo amore», declara mientras considera el «sentir originario» como el «sentir auroral», y se revela en ella el anhelo de autenticidad y la necesidad de «rescatar el pasado de la deformación para llevarlo a lo que iba a ser».

De la Aurora hace un recorrido como guía del destino ineludible. Mostrándose como un escrito autobiográfico, su significación metafórica alude a un comienzo cons-

6. Zambrano, M., «A modo de autobiografía» en *Anthropos*, n.º 70-71, Barcelona, 1987, p. 71.

tante, a la aceptación de la vida presente y a la necesidad de morir como revelación de la claridad y de la vida verdadera, pues para ella «ser persona es ser capaz de renacer cuantas veces sea necesario hasta resucitar», para encontrar así, por fin, un «puesto en el cosmos».

¿Por qué llegar entonces a María Zambrano?

Porque es símbolo de vida y mantiene al ser abierto. Es amor y es conocimiento, y en la medida que ambas sean posibles podremos ir «volviendo al corazón a su sitio». Lo sabrá el lector tras leer las páginas siguientes cuando se aproxime a un mundo que siempre estuvo en apertura gestando vida nueva. A un mundo que, a pesar de llevarnos por caminos pedregosos, mientras entienda a *La Aurora* como linde, no cesará de «salir a la luz entre tanta contracción».

«Y ojalá que a esta misma hora, que bien pudiera ser la del alba, alguien pueda seguir hablando –aquí o allí o en otra parte cualquiera– acerca del nacimiento de la idea de libertad», como escribe la filósofa de la esperanza.

Victoria Clemente Legaz

De la Aurora

*A mi madre, Araceli Alarcón, Bentarique
(Almería), 1879 + París (septiembre 1946).
A ella que cada día amanecía.*

Primera parte

I. Antes de comenzar

1

Todo lo que se escribe viene al fin, sin remedio, a dar en un libro: un cuerpo material; peso, número, argumento. O, peor aún, tema; la temática que exige la estructura; y todo ello dependiente del autor, ese que escribe el libro, él y no otro, que sabía ya quién era antes de escribir ese libro –y tal vez algunos otros–, y que en esa su corporeidad se encuentra depositado, a través, sobre todo, del argumento, acabado ya todo ello antes de empezar. Una conclusión origina las conclusiones. Y todo en orden y hasta bien escrito. Nunca pudo sonar simplemente, o ser aliento que irrumpe y luego se esconde. Pues que ha de ser, ante todo, a costa de todo, una continuidad sin desfallecimientos, un sostenido palabrear que borra la huella de la sierpe. De la sierpe esa que habló la primera, dando así argumento a lo humano, ¡y con aquella sufi-